

PABLO BLANCO ACEVEDO Y LAS REDES DE INTERCAMBIO INTELECTUAL EN LA CONFIGURACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA COLONIAL URUGUAYA

Tomás Sansón

Advertencia

Pablo Blanco Acevedo (1880-1935) es uno de los historiadores más destacados de la historiografía uruguaya. Contribuyó a la definición del imaginario nacionalista durante la época batllista (1900-1930) y parametró los referentes identitarios que caracterizan al Uruguay del siglo XX.

Su obra culminante fue *El Gobierno Colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad*. En este libro asume y profundiza los postulados fundacionales de la tesis independentista clásica creada por Francisco Bauzá.

Para la realización de su labor siguió la tendencia de los historiadores rioplatenses de tender redes de intercambio intelectual para munirse de los insumos heurísticos indispensables. Mantuvo múltiples vínculos con personas, corporaciones académicas y librerías del país y del extranjero. En este trabajo procuraremos desbrozar el camino por el intrincado laberinto de cartas y catálogos contenidos en su archivo personal para reconstruir la vasta trama de contactos que sostuvo, especialmente con colegas argentinos como Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Ricardo Rojas, Carlos Ibarguren, Martiniano Leguizamón y Ernesto Quesada.

Tabla de referencias

AFB: Archivo de Francisco Bauzá.

APPBA: Archivo Particular Pablo Blanco Acevedo.

C.: Caja

c.: Carpeta

F: Foja.

IHGU: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

MHNCL: Museo Histórico Nacional Casa de Lavalleja.

El Uruguay Batllista

José Batlle y Ordoñez marcó con su impronta las tres primeras décadas del siglo XX, ocupó en dos ocasiones la Presidencia de la República (1903-07, 1911-15). Fue una etapa de desarrollo y crecimiento en todos los planos. La política económica tuvo una orientación estatista y de tendencia monopólica. Intentaba controlar las actividades comerciales e industriales. El reformismo procuraba distribuir mejor la riqueza y evitar los conflictos sociales.

El llamado «modelo batllista» continentó una serie de elementos que «fundaron» el Uruguay del siglo XX y generaron un imaginario colectivo cuyas certidumbres y mitos dominarían prácticamente hasta la década de 1960.

El Estado adquirió los ribetes paternos de una entidad protectora que velaba por la seguridad de sus ciudadanos, a quienes aseguraba servicios baratos y eficaces, fuerzas armadas sometidas a la autoridad civil, un mecanismo electoral complejo y eficaz, la posibilidad de incorporarse en partidos políticos para vehicular aspiraciones y reivindicaciones, un sistema educativo gratuito en todos sus niveles que fue modelo en América Latina, iniciativas para fomentar la industria y multiplicar puestos de trabajo.

En 1917 culminó el proceso de secularización, la Constitución aprobada ese año separó definitivamente la Iglesia y el Estado. El cuerpo estatal definitivamente emancipado del halo religioso se transformó en una institución con una mitología propia y en torno a la cual surgieron o se consolidaron mitos fundacionales, héroes epónimos y expresiones paralitúrgicas.

En este período hubo una redefinición de los rasgos de la identidad colectiva de los uruguayos. El Estado batllista intentó afianzar los lazos religantes de la «comunidad imaginada». Las reformas determinaron un replanteo de la cuestión nacional que encontraría una síntesis destinada a perdurar en lo que Gerardo Caetano denomina una integración hacia «adentro». Este autor define así las características del nuevo imaginario:

«(...) una matriz democrático-pluralista de base partidocrática; una reivindicación del camino reformista que se sobreponía simbólicamente a la antinomia conservación-revolución; la primacía urbana; el cosmopolitismo de perfil eurocéntrico; el culto a la excepcionalidad uruguaya en el concierto internacional y fundamentalmente dentro de América Latina; la exaltación del legalismo, entendido como el respeto irrestricto a las reglas de juego -contenido y forma del consenso

ciudadano-; el tono optimista de la convivencia y el destaque de los valores de seguridad, entre otros. Todos estos valores habían venido permeando a la sociedad uruguaya a través de un amplio sistema de relatos, símbolos y mitos, originados todos en momentos diversos, pero conjugados en un mismo cuerpo de significaciones colectivas especialmente a partir de mediados de la década de los diez»¹.

En la década de 1920, la del «Centenario» de la independencia nacional, este modelo tuvo su apogeo. Los hechos y las discusiones de entonces revelan las nuevas certidumbres que comenzaban a ser unánimes y que se reproducirían por varias décadas desde las aulas de la escuela primaria gratuita, laica, y especialmente, «obligatoria».

En 1923 tuvo lugar la inauguración del monumento de Artigas en la Plaza Independencia y el debate parlamentario sobre la fecha de la independencia nacional -25 de agosto de 1825 o 18 de julio de 1830-. Estos hechos pueden explicarse en la perspectiva de una comunidad que luego de haber establecido los arquetipos míticos-fundacionales en las últimas décadas del siglo XIX necesitaba completar las seguridades infraestructurales conseguidas con una superestructura cronológica precisa que sirviera de mojón y a partir del cual se consolidara el sentimiento de pertenencia a un «nosotros» que nos singularizaba en el concierto internacional.

Pablo Blanco Acevedo

Blanco nació el 23 de agosto de 1880 en la ciudad de Montevideo en el seno de una familia de juristas. Sus padres fueron el doctor Juan Carlos Blanco y su madre Luisa Acevedo, hija del Dr. Eduardo Acevedo. La casa paterna era punto de encuentro y reunión de intelectuales y políticos. Blanco disponía de una importante biblioteca que desde temprana edad frecuentó. En ese ambiente fue gestando su amor por el conocimiento.

En 1912 se recibió de abogado e hizo su primer viaje a Europa donde debía realizar gestiones vinculadas a diversos organismos públicos ². La experiencia reunida en

¹ ACHUGAR, Hugo - CAETANO, Gerardo (Compiladores), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1993, tercera edición, p. 86.

² La Facultad de Derecho le encomendó estudiar el funcionamiento de facultades de Sociología y universidades libres, el Municipio de Montevideo lo comisionó para informarse sobre el abastecimiento de poblaciones, y por si esto fuera poco, el Archivo y Museo Histórico lo delegó para estudiar los Archivos de diversos países y rescatar documentación sobre la historia de Uruguay (Cf. APPBA, MHNCL, t. 1327, f. 2, 3 de junio de 1912).

ese viaje le permitió escribir sustanciosos informes para las entidades respectivas que procuraban mejorar el funcionamiento de cada área ³.

Militó en el Partido Colorado, adhirió a la fracción denominada Partido Colorado Radical y conocida popularmente por «vierismo» en homenaje a su fundador Feliciano Viera. Fue elegido diputado en 1914 y en 1916. Integró la Convención Nacional Constituyente. Ocupó la cartera de Instrucción Pública entre 1922 y 1924.

Desde 1922 ocupó la cátedra de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho. Sus trabajos específicamente históricos contienen abundantes referencias y datos a cuestiones o procesos jurídicos y diplomáticos.

El 27 de abril de 1929 viajó nuevamente a Europa para participar de cursos de Extensión de la Universidad de París y del Colegio de Francia. En esta ocasión recibió otras misiones, especialmente del Ministro de Instrucción Pública quien lo comisionó para estudiar los reformatorios de menores y el Consejo Nacional de Administración le encomendó informarse de las medidas adoptadas en el viejo mundo para protección de sus respectivas faunas.

Llegó a reunir una biblioteca muy importante de historia nacional y americana. Cuando murió (1935), su esposa, Rosina Pérez Butler, donó el archivo -que contiene valiosas fuentes inéditas- y la biblioteca al Museo Histórico Nacional⁴.

³ Cf. APPBA, MHNCL, Papelería referente a su actuación pública, especialmente t. 1323, f. 53.

⁴ Se trata de un repositorio muy importante compuesto de 3491 volúmenes, su archivo particular y una colección de manuscritos que consta de 146 volúmenes con un total de 15729 fojas que fueron reunidos por Blanco entre 1904 y 1935, en su mayoría provienen de archivos particulares (Cf. PIVEL DEVOTO, Juan, Prólogo a Catálogo descriptivo (VII). Colección de manuscritos, Montevideo, Monteverde, 1958, p. 6). Salvo los tomos 128, 129 y 130, todos los demás contienen documentación referida a la etapa revolucionaria y postindependentista. Este dato demuestra que para la elaboración de El Gobierno Colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad Blanco debió consultar directamente fuentes de Archivo y/o inéditas. Contiene, además de las colecciones documentales y bibliográficas y mencionadas una importante mapoteca y una colección de objetos que constituyen un pequeño museo colonial.

El Inventario de mapas, planos y cartas geográficas da cuenta de ese tipo de materiales custodiados en el repositorio. Nos informa, por ejemplo que logró reunir 37 mapas de América, el Río de la Plata y el Uruguay referidos a los siglos XVIII y XIX, y 56 planos de Montevideo antiguo, Maldonado y otros pueblos del interior, de fortificaciones y combates militares, mensuras y edificios diversos. La colección se completa con litografías y grabados de escenas costumbristas, una colección de armas de fuego, y objetos gauchescos. El siguiente detalle puede ilustrar sobre el contenido de ese «pequeño museo»: a) 56 «Despachos, diplomas, escudos, banderas, actas y almanaques» muy variados correspondientes en su totalidad al siglo XIX; b) 169 retratos diversos de personalidades destacadas de Uruguay, Argentina y varias nacionalidades más Domingo Faustino Sarmiento, Melchor Pacheco y Obes, Fructuoso Rivera, Manuel Oribe, Juan Antonio Lavalleja, Artigas, Carlos Pellegrini, Cornelio Saavedra, etc.-; c) 45 «Vistas y escenas diversas» especialmente litografías en su gran mayoría de Montevideo y algunas de Buenos Aires; d) 48 «Escenas, costumbres, tipos populares, y episodios diversos» del campo -familia del gaucho, indios-, la ciudad, y militares -batalla de Ituzaingó, de Maipú, entre otras; e) 45 «láminas de la colección de trajes y costumbres de la Provincia de Buenos Aires» publicadas por Gregorio Ibarra en la Litografía Argentina, Buenos Aires, 1839; f) 35 armas entre las que se destacan sables,

Los testimonios de la época lo describen con características de un patricio. Sobrevivieron en él las viejas costumbres de este sector social⁵. Blanco era un hombre de ciudad y que interpretó, como veremos, la historia patria, el surgimiento y la propia esencia de la nacionalidad en Montevideo y desde Montevideo, la «ciudad colonial»

El historiador

Pablo Blanco Acevedo, al igual que Francisco Bauzá⁶, perteneció al Partido Colorado. Esta colectividad estaba en el poder y procuró consolidar el Estado a través de la definición de sentimientos comunes. Especialmente en el período batllista fue necesario recurrir al pretérito para convalidar la autoproclamada excepcionalidad uruguaya.

La producción historiográfica de Blanco se canalizó a través de libros y artículos que influyeron en la articulación del discurso encrático de la década del Centenario.

Cuando desempeñó la dirección del diario Los Debates publicó varios artículos de carácter histórico sobre temas como la independencia y el origen de los partidos tradicionales, entre otros.

Su primer libro fue la Historia de la República Oriental del Uruguay (1901), una obra con fines didácticos que cubría un espacio temporal muy grande: desde la época prehispánica hasta fines del siglo XIX.

Los temas de la independencia y el sentimiento de nacionalidad fueron sus preferidos. En 1922 apareció el Informe sobre la celebración del Centenario de la Independencia, un trabajo muy cuestionado que surgió en el marco de una polémica tan antigua como el propio país: la fecha de la independencia nacional.

espadas, trabucos y pistolas de chispa; g) varios objetos prehistóricos: 100 boleadoras, 1 hacha de piedra, 5 mazas de piedra, varias piezas de alfarería indígenas (5 bordes de ollas de barro, por ej.); h) varios elementos gauchescos: platería, mates y bombillas labrados, algunos con detalles de oro y plata (cf. Inventario de mapas, planos y cartas geográficas de la colección de PBA, en APPBA, MHNCL).

Vale mencionar también que poseía una importante colección de periódicos editados en el Río de la Plata entre 1801 y 1930. Los primeros ejemplares corresponden a El Telégrafo Mercantil de Buenos Aires de 1801 y 1802.

⁵ Puede aplicarse a él y a su época la siguiente apreciación de Real: «En el Montevideo de los diez, de los veinte, de los treinta, en sus casas de la Ciudad Vieja cada vez más amenazadas por la piqueta o la oficina pública, en sus quintas del Prado, en sus decrecientes estancias, todavía la vieja clase siguió marcando un melancólico magisterio de modales, un invisible canon del gusto» (REAL DE AZUA, Carlos, El patriciado uruguayo, Montevideo, Asir, 1961, p. 122).

⁶ Bauzá representa la culminación del proceso de madurez de los estudios históricos durante el siglo XIX. Puede considerarse el fundador de «vieja historia», la primera corriente propiamente historiográfica identificable en Uruguay y que tuvo vigencia durante las dos primeras décadas del siglo.

En La mediación de Inglaterra en la Convención de Paz de 1828 (1928) -conferencia dictada en el Instituto Histórico y Geográfico con motivo del centenario de la mencionada Convención-, completó su posición sobre la independencia oriental profundizando y «probando» todas las afirmaciones sobre la mediación esbozadas en el Informe....

Para redactar la Mediación... utilizó la correspondencia de los ministros de Inglaterra en Río de Janeiro y Buenos Aires, R. Gordon y Lord Ponsonby custodiados en el Foreign Office. Por testimonio del propio Blanco sabemos que estaba detrás de esta documentación desde hacía mucho tiempo. En su viaje de 1912 a Europa aprovechó el pasaje por Londres para conseguirla pero por razones que desconocemos no tuvo éxito. Posteriormente hubo gestiones del IHGU ante el Ministro de Relaciones Exteriores a los efectos de adquirirla pero distintas vicisitudes habían detenido el trámite. Finalmente solicitó la correspondencia directamente a Inglaterra, pagó de su propio bolsillo las copias y la traducción respectiva.

En 1929 publicó El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad. Trabajo muy documentado, considerado uno de los clásicos de la tesis independentista clásica y por tanto de la historiografía oficial. Como su antecesor Francisco Bauzá, ubica la gestación del sentimiento nacional en la época colonial.

Había pensado darle el broche de oro a esta visión de conjunto con un libro sobre Artigas que sería continuación del Gobierno.... En la última etapa de su vida lo intentó y en 1939 se publicó póstumamente El federalismo de Artigas y la independencia nacional ⁷. Un estudio muy serio pero inconcluso sobre el ideario político de Artigas. Estuvo produciendo hasta el final de su vida ⁸.

⁷ BLANCO ACEVEDO, Pablo, El federalismo de Artigas y la independencia nacional, Montevideo, Impresora Uruguaya, 1950, 2da. edición.

⁸ Es posible trazar una especie de crónica de sus trabajos durante 1935, el año de su muerte. En febrero, Ricardo Levene, en nombre de la Mesa Directiva de la Junta de Historia y Numismática y como Director de la Historia de la Nación Argentina, obra en once volúmenes, le solicitó una colaboración para el tomo III: la redacción de un capítulo que se titularía El Gobierno Colonial en Uruguay hasta la fundación de Montevideo (Cf. carta de Ricardo Levene a PBA, 19 de febrero de 1935, en APPBA, MHNCL, t. 1363, ff. 121122). Cumplió con el pedido y a fines de junio le remitió a Levene los originales de su trabajo. Posteriormente, en el mes de agosto redactó para la revista Humanidades lo que su esposa definió como «el último estudio de carácter histórico integral que realizó»: El Dr. Nicolás Herrera en la Independencia argentina (Hoja suelta firmada por Rosina Pérez Butler con el original de la Advertencia referida, en APPBA, MHNCL, t. 1363, f. 1). Entregó los originales a comienzos de setiembre y en noviembre le enviaron las pruebas de imprenta. Este trabajo se publicó en la revista mencionada en 1936.

Su actividad como historiador trascendió el aula y encontró proyección general en sus libros y en los artículos que escribió para distintas publicaciones como la Revista Histórica y la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Algunas de las producciones de Blanco que se publicaron en revistas o folletos fueron reunidas en un volumen titulado Estudios históricos

Concebía a la historia como una compleja alquimia en la cual debían armonizarse elementos de rigor científico con criterios de fino arte. Forma y fondo en este sentido debían acompasarse, reflejar el primero la seriedad del segundo. Su estilo es claro y en momentos alcanza alto vuelo literario.

Blanco es una figura contradictoria en virtud de que como historiador recibió encendidos elogios⁹ de quienes lo consideraron un erudito y un clásico, pero también fue objeto de severas críticas especialmente de Carlos Real de Azúa y otros autores¹⁰ para quienes tergiversó documentos y torció interpretaciones en función de tesis preconcebidas.

Redes de intercambio intelectual

Pablo Buchbinder demostró que en el siglo XIX los historiadores argentinos constituyeron una red privada de intercambio de documentos y libros. La mayoría de las fuentes que utilizaban provenían de archivos particulares. Esta tendencia se mantuvo hasta el siglo XX cuando los propios investigadores que se beneficiaban con la práctica mencionada impulsaron la creación de instituciones que continentaran el desarrollo de la investigación¹¹. En Uruguay se dio una situación similar.

Estas redes surgieron como una necesidad frente a la escasez de documentación en repositorios públicos. Además, en esos tiempos todavía el período colonial era un pasado relativamente cercano, muchas familias tradicionales conservaban papelería generada durante la dominación española. Los historiadores tuvieron la posibilidad de acceder a esos archivos particulares.

Francisco Bauzá, el historiador más importante del siglo XIX, se nutrió de este tipo de repositorios y mantuvo relaciones de intercambio de bibliografía y fuentes con sus

(BLANCO ACEVEDO, Pablo, Estudios históricos, Montevideo, L.I.G.U., 1956).

⁹ «Investigador severo, experto en el manejo de la bibliografía y los repertorios documentales vivió, sin embargo, siempre en guardia contra los excesos de erudición y de técnica que pretenden despojar a la historia de su carácter literario y de su noble jerarquía artística» (MONTERO BUSTAMANTE, Raúl, Prólogo, en BLANCO ACEVEDO, Pablo, El Gobierno Colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1975, t. I, p. XVII).

¹⁰ «(...) la suya es la obra de un embustero (...) que indujo a error al soberano, convenciendo, en primer término a las autoridades del país que -razones políticas coyunturales habría- querían convencerse. (...) además de embustero es ignorante (...) no atina a explicar el problema histórico sino por un esclerosado positivismo totalmente superado en 1923 cuando elabora su malhadado Informe (...)» (VAZQUEZ FRANCO, Guillermo, La historia y sus mitos, Montevideo, Cal y Canto, 1994, pp. 19-21).

¹¹ BUCHBINDER, Pablo, Redes privadas, instituciones públicas y reglas académicas en los orígenes de la historiografía argentina.

colegas de distintas partes de América. Algunas cartas, muy pocas, ilustran sobre las posibilidades y dificultades existentes en la época para acceder a los insumos heurísticos. Con quienes mantenía una relación más fluida fue con sus colegas argentinos o con algún uruguayo residente en Buenos Aires¹².

Pablo Blanco siguió la tendencia de los historiadores rioplatenses del siglo XIX. Sostuvo múltiples vínculos nacionales e internacionales con personas, corporaciones académicas y librerías. Los inició a fines del siglo XIX en Los Debates, medio de prensa desde el que desarrolló una actividad que en términos modernos calificaríamos de «promoción cultural», y fue aumentando paulatinamente.

Mantuvo relación epistolar con escritores como José Enrique Rodó¹³ y Juan Zorrilla de San Martín, y con pintores como Pedro Blanes Viale.

En cuanto a compatriotas, la lista es larga y se inicia cronológica, y significativamente, con Bauzá. En julio de 1899 Blanco hizo un comentario laudatorio en Los Debates sobre el tercer volumen de la Historia de la dominación española en Uruguay que provocó el agradecimiento de éste¹⁴.

Uno de los testimonios del intercambio de información a nivel nacional lo proporciona el Padre Guillermo Furlong quien le envió ejemplares de sus libros Imprenta

¹² Estuvo vinculado con Andrés Lamas, figura intelectualmente muy respetada en el Río de la Plata y poseedor de una biblioteca y archivo personal inmensos. Este le proporcionaba materiales de difícil acceso en el mercado o libros de reciente aparición en Buenos Aires. En 1886 le envió la primera entrega de la Revista del Archivo de Buenos Aires, «que se ha hecho una verdadera rareza» • 287 (Carta de Andrés Lamas a Francisco Bauza, 15 de mayo de 1886, AGN, AFB, C. 116, c. 1). Entre lo argentinos, el autor más destacado con el que se relacionó fue Bartolomé Mitre. Mantuvieron un contacto aparentemente fluido del cual, lamentablemente, hemos encontrado pocas referencias. En el Archivo General de la Nación de Uruguay se conservan solamente cuatro cartas, y en el el Archivo Mitre de Buenos Aires no encontramos ninguna. En una misiva del 3 de diciembre de 1895 dirigida a Mitre, Bauzá acusa recibo de las Horacianas, obra que el militar argentino le había remitido (Carta de Francisco Bauzá a Bartolomé Mitre, 3 de diciembre de 1895, AGN, AFB, C. 116, c. 13). El texto revela el aprecio que sentía Bauzá por él y, al mismo tiempo, la sinceridad con que comenta el libro señalando alguna discrepancia con ciertos juicios de Mitre.

También se vinculó con Juan Agustín García. Este le envió un ejemplar de su libro el Régimen Indiano que motivó una carta con interesantes comentarios de nuestro autor. Estos resultan significativos para comprender el valor que le otorga a la historia como herramienta para revertir los males que aquejan a las sociedades rioplatenses especialmente en relación a las deficiencias de sus respectivas legislaciones (Carta de Francisco Bauzá a Juan Agustín García, 13 de marzo de 1898. AGN, AFB, C. 115, c. 26).

¹³ La vinculación con Rodó parece haber sido solamente formal pues encontramos apenas una tarjeta de éste correspondiente al 12 de agosto de 1898 en que lo autorizaba a hacer con unos apudes de Estética que le había remitido “lo que le parezca más conveniente respecto de su reproducción” pues fueron escritos “expresamente para Los Debates” (Cf. Tarjeta de José Enrique Rodó a Pablo Blanco, 12 de agosto de 1898, en APPBA, MHNCL, t. 1324, f. 12).

¹⁴ Cf. tarjeta personal de agradecimiento de Francisco Bauzá a Pablo Blanco, 28 de julio de 1899, APPBA, MHNCL, t. 1324, f. 13.

de la Caridad, y La catedral de Montevideo, trabajos para los cuales Blanco le facilitó materiales.

El autor con quien tuvo mayor relación fue Raúl Montero Bustamante ¹⁵, amigo personal y promotor de su obra.

En 1934, encontramos testimonios de un vínculo muy significativo con Juan Pivel Devoto. En 1934 el IHGU le encomendó a Pivel la misión de buscar en Río los materiales pertinentes para completar la publicación de Documentos relativos a la Independencia Nacional. Permaneció en esa ciudad de agosto a diciembre ¹⁶. De ese período se conservan en el APPBA algunas cartas de Pivel sumamente importantes para definir características personales e intelectuales de los dos expositores medulares de la tesis independentista clásica.

Las cartas constituyen un ejemplo cabal de la estrategia de relaciones llevada adelante por los intelectuales de la época. Aprovechaban todas las posibilidades que se les planteaban para establecer contactos primarios a partir de los cuales lograr las informaciones y materiales que necesitaban para sus trabajos. Pivel fue para Blanco en esta ocasión justamente eso, una oportunidad para tender una cabecera de puente en un medio con el cual prácticamente no tenía interlocutores. El joven Pivel, muy sagaz en sus observaciones, tenía esto muy claro y le sugiere a Blanco la conveniencia de

«nombrar correspondientes a los directores de la Biblioteca y del Archivo (...) y al Ministro de Relaciones Exteriores» pues «ello facilitaría mi gestión, pese a todo un poco dificultada por la reserva que adoptan en lo que se refiere a documentos históricos»¹⁷.

La estrategia cobraría un nivel oficial pues el embajador se comprometería a entregar los diplomas correspondientes. El cruzamiento de «inclusiones» en «academias» nacionales parecía constituir un recurso honorífico muy frecuente.

Las misivas están en su casi totalidad dedicadas a comentarios de novedades bibliográfica, heurísticas e incluso iconográficas. Poco espacio deja Pivel para reseñar hallazgos de utilidad sobre los temas que estaba investigando ¹⁸.

¹⁵ Cf. al respecto APPBA, MHNCL, t. 1324, ff. 71 y 209, entre otros.

¹⁶ Adquirió ricos conocimientos sobre la historia de Brasil y su influencia en el Río de la Plata. Desarrolló una intensa actividad intelectual, se relacionó con historiadores, participó de conferencias y accedió a colecciones documentales recién publicadas.

¹⁷ Carta de Juan Pivel Devoto a Pablo Blanco, 8 de agosto de 1934, APPBA, MHNCL, t. 1325, f. 124.

Los historiadores extranjeros con los que Blanco tuvo mayor relación fueron los argentinos¹⁹. Si bien esporádicamente en su archivo aparecían cartas de colegas allende el Plata, a partir de 1922 aumentó notoriamente la correspondencia. En ese año Blanco le envió algunos ejemplares de los Escritos selectos de Andrés Lamas a su amigo Rafael Alberto Palomeque residente en Buenos Aires, con el propósito de que presentara un ejemplar en La Nación para que publicaran una reseña del mismo. Palomeque le sugiere que le haga llegar el libro a una serie de historiadores a quienes les podría interesar la producción de Andrés Lamas: Ricardo Rojas, Carlos Ibarguren, Martiniano Leguizamón, Ramón Cárcano, Emilio Ravignani, Mario Belgrano, Carlos Vega Belgrano, y Adolfo Bioy²⁰. Blanco ya estaba vinculado con algunos, pero a partir de entonces la correspondencia aumentó notoriamente.

Con Martiniano Leguizamón tuvo una relación muy fluida. Relevamos muchas cartas suyas durante toda la década del 20, especialmente del año 1928. Intercambiaban libros, informaciones y opiniones sobre tópicos generales de la disciplina y particulares de los temas que a ellos les interesaban. Tuvieron una intensa comunicación que los llevó a crear sólidos lazos de amistad²¹.

Lo antedicho vale también para Ricardo Rojas, especialmente entre los años 1927 a 1929 etapa en que ocupó el rectorado de la UBA. En varias misivas le agradece el envío de obras como El gobierno..., La Mediación..., la Repercusión de la Revolución de Mayo en Montevideo (conferencia pronunciada en la Junta de Historia)²². En una ocasión Rojas le solicitó datos sobre los antecedentes documentales que pudieran existir en Montevideo sobre el himno argentino. Blanco le respondió en una extensa carta²³.

No es casualidad que el movimiento epistolar fuera tan fluido en esos años 1928 y 1929. Coincide con la publicación de La Mediación... y El Gobierno.... A esta altura del siglo XX la red privada de circulación de materiales entretejida por los intelectuales rioplatenses era importante. Permitía conseguir documentos y libros inaccesibles en otra

¹⁸ Es significativo que en una carta de 13 de setiembre de casi dos carillas a renglón seguido dedique un párrafo de cinco renglones para decir que encontró documentos muy importantes para sus propias investigaciones: papeles de Pedro Trápani, correspondencia oficial de Lecor, y otros materiales referidos a la Provincia Cisplatina (Carta de Juan Pivel Devoto a PBA, 13 de setiembre de 1934, en APPBA, MHNCL, t. 1325, f. 119).

¹⁹ Debemos destacar que Blanco trascendió las fronteras del Río de la Plata y estuvo en contacto con personalidades muy importantes de la época como Rafael Altamira y Paul Rivet.

²⁰ Cf. al respecto carta de Rafael Alberto Palomeque a PBA, 19 de mayo de 1922, en APPBA, MHNCL, t. 1324, f. 164.

²¹ Cf. en especial APPBA, MHNCL, t. 1325, en especial ff. 48 y ss. correspondientes a 1928.

²² Carta de Ricardo Rojas a Pablo Blanco, 1929, APPBA, MHNCL, t. 1325, f. 67.

²³ Publicada posteriormente en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, t. V, nro. 2, 1927.

forma, y era un medio para hacer conocer la propia obra en el extranjero y asegurarse una difusión importante de la mano de personalidades reconocidas. Una palabra convalidadora o una reseña laudatoria permitían que la «fama» y los trabajos de estos historiadores trascendieran las fronteras.

Ricardo Levene es otro de los intelectuales con los que tuvo amplia comunicación. Una de las vías privilegiadas de este intercambio fue la revista Humanidades, Levene le solicitó trabajos para publicar en ella ²⁴. La relación amistosa de ambos duró mucho tiempo. En 1935 el decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, José Rezzano le pidió a Blanco que enviara un trabajo para publicar en un volumen especial de la revista que saldría como homenaje a Levene con motivo de cumplir 30 años de investigador y docente. Expresamente consigna que esta invitación se debe no solamente al prestigio de Blanco sino al afecto que los había unido desde hacía varios años ²⁵.

Con Emilio Ravignani el trato fue menos frecuente. Blanco apreciaba su obra e incluso recomendó en 1926 el tomo I de la Historia Constitucional de la República Argentina a sus alumnos de historia del Derecho Constitucional ²⁶. Ravignani le enviaba puntualmente sus libros y, concretamente en el caso de los tomos II y III de la obra citada los comentarios de Blanco eran sumamente elogiosos destacando la utilización de documentos originales.

Ernesto Quesada era otro de los corresponsales calificados en Buenos Aires, y miembro correspondiente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay lo que confirma el marco institucional mencionado anteriormente²⁷. Mantuvieron un proficuo intercambio epistolar y de materiales. En una carta de 1916, luego de agradecerle comentarios a su último libro, le dice:

«No se si se interesa por algún otro de mis trabajos o por los de mi padre, ya que Ud. alude a ambos con tan inmerecido encomio. Si tuviera Ud. la bondad de indicarme cuál o cuáles, buscaré entre los duplicados, pues tendría sumo placer en

²⁴ Carta de Levene a Pablo Blanco, 22 de setiembre de 1926, en APPBA, MHNCL, t. 1325, f. 13.

²⁵ Carta de José Rezzano a Pablo Blanco, 24 de junio de 1935, en APPBA, MHNCL, t. 1325, f. 130.

²⁶ Cf. Carta de Pablo Blanco a Emilio Ravignani, 22 de diciembre de 1927, en APPBA, MHNCL, t. 1328, f. 56.

²⁷ En una misiva de 1926 Quesada le pide a Pablo Blanco que revise en la biblioteca de la institución qué libros suyos faltas pare remitírselos «pues me gustaría que (...) mis publicaciones estuvieran lo más completas posibles en el Instituto» (Carta de Ernesto Quesada a Pablo Blanco, 18 de setiembre de 1926, en APPBA, MHNCL, t. 1325, f. 14).

remitírse los caso de encontrar ejemplar disponible. A mi vez me permito rogarle que, de los suyos que pueda, se sirva enviarme algún ejemplar repetido»²⁸.

Blanco encontró en Quesada un interesante interlocutor que en algunas cartas incluía largos comentarios sobre cuestiones históricas. Es muy ilustrativa una extensa misiva de 1922 en que al agradecerle el envío del volumen sobre los Escritos selectos de Andrés Lamas, Quesada reflexiona sobre la trascendencia de este personaje a quien conoció personalmente. Además, lamenta profundamente que las bibliotecas y los archivos de grandes intelectuales se dispersen a la muerte de éstos por negligencia de los gobiernos a quienes les correspondería asegurar esos repositorios tan costosamente formados²⁹.

En el plano de publicaciones la Revista del Instituto en Uruguay y Humanidades y el Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana en Argentina, hicieron viable el intercambio intelectual de Blanco con sus colegas argentinos. En lo institucional los referentes fueron la Junta de Historia y Numismática Americana (Buenos Aires) y el Instituto Histórico y Geográfico (Montevideo).

Como miembro del IHGU, y en especial desde la Presidencia del mismo, Blanco promovió el intercambio de materiales con colegas argentinos y estimuló su venida a Montevideo a los efectos de realizar conferencias en el seno de la corporación. Es el caso, por ejemplo, de Carlos Ibaguren quien en 1927 le envió un artículo para publicar en la Revista del Instituto titulado Semblanza de Mariano Moreno. El origen de este material fue una conferencia dictada en el Instituto y constituía un capítulo de un libro que pensaba publicar. El propio Ibaguren afirma no ser partidario de dar a conocer sus trabajos antes de editarlos, pero por tratarse de Blanco accedía³⁰.

El marco cultural-institucional tenía mucha importancia en estas redes. Blanco -al igual que otros integrantes del IHGU como los doctores Mario Falcao Espalter, Gustavo Gallinal, Daniel García Acevedo, Luis Melián Lafinur, Raúl Montero Bustamante, y los señores Setembrino Pereda y Leogardo Torterolo³¹- era miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática. Desde 1923 hay registradas invitaciones de Levene y Leguizamón a Blanco para que dictara conferencias en la misma.

²⁸ Carta de Ernesto Quesada a Pablo Blanco, 30 de junio de 1915, APPBA, MHNCL, t. 1324, f. 46.

²⁹ Cf. carta de Ernesto Quesada a Pablo Blanco, 31 de agosto de 1922, en APPBA, MHNCL, t. 1324, f. 162.

³⁰ Cf. carta de Carlos Ibaguren a Pablo Blanco, 14 de setiembre de 1927, en APPBA, MHNCL, t. 1325, f. 22.

³¹ Cf. Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires, Vol. IV, 1927, p. III.

De acuerdo a la documentación disponible parecería que fue la entidad con la que se mantuvo más estrecha relación. En su Boletín... apareció publicada una conferencia de Blanco pronunciada el 30 de julio de 1927 titulada La Repercusión en Montevideo de la Revolución de Mayo ³² y, luego de su muerte, El Gobierno Colonial en Uruguay hasta la fundación de Montevideo ³³.

Las fuentes compulsadas permiten concluir que la relación de Blanco con los autores argentinos, especialmente los mencionados fue muy fluida y cordial. Son muy pocos los testimonios de historiadores de otra procedencia, apenas se puede mencionar intercambio epistolar con chilenos ³⁴ y brasileños ³⁵. De este origen es el único documento cuestionador que hemos encontrado en su archivo, se trata de una extensa carta del brasileño Celso Schröder quien al leer la Historia de la República Oriental del Uruguay detectó cantidad de inexactitudes en referencias realizadas por el autor a personas o acontecimientos en los que estuvieron implicados los brasileños ³⁶.

El prestigio social e intelectual de Blanco le permitió contar con una red de contactos ³⁷ en América y Europa y acceder por esta vía a un volumen importante de

³² Ibid., pp. 150-163.

³³ Ibid., vol X, 1937, pp. 241-249.

³⁴ Puede mencionarse especialmente a Gonzalo Bulnes que le obsequió su obra Nacimiento de las Repúblicas Americanas. Pablo Blanco elogia especialmente los capítulos referentes "a la política rioplatense y portuguesa de 1808 a 1810" (Carta de Pablo Blanco a Gonzalo Bulnes, 3 de agosto de 1928, en APPBA, MHNCL, t. 1328, f. 59).

³⁵ Además del caso especial de Celso Schröder que analizaremos enseguida, puede destacarse al Dr. Alfredo Varela que le envió su obra en ocho tomos titulada Historia da Grande Revolução a la que elogia de manera pomposa (Carta de Pablo Blanco a Alfredo Varela, 27 de julio de 1933, en APPBA, MHNCL, t. 1328, f. 110).

³⁶ La misiva contiene 31 citas textuales de Blanco que Schröder analiza minuciosamente y sobre las cuales hace largas precisiones conceptuales, cuantitativas y fácticas. Se trata de un interesante documento que, según su redactor, no tiene por objetivo descalificar a Blanco. Por el contrario, se dirige a él con mucho respeto e incluso admiración. Schröder escribió por razones de rigor histórico y para hacer justicia con sus compatriotas que habían combatido en territorio oriental en las décadas de 1810 y 1820. Si bien el tono es cordial hay acusaciones solapadas de deshonestidad intelectual en virtud de la adulteración y/o exageración de datos, así como omisión de hechos y personas. La respuesta de Blanco no se hizo esperar y tiene el tono caballeresco que de él podía esperarse. El 4 de marzo le escribió agradeciéndole las puntualizaciones y explicándole que se trataba de una obra de juventud escrita con carencia de bibliografía brasileña y a los efectos de ser utilizada como texto en las escuelas. Considera que algunas de las observaciones son atinadas y promete tenerlas en cuenta en el momento de escribir otros trabajos sobre los temas referidos. Le solicita una nómina de los libros que cita para poder adquirirlos (Cf. carta de Pablo Blanco a Celso Schröder, 4 de marzo de 1929, en APPBA, MHNCL, t. 1328, f. 78).

³⁷ No solo con historiadores, tenía además, personas de confianza en las representaciones diplomáticas de Uruguay en el exterior que le proporcionaban copias de documentos contenidos en repositorios de diversos países (Cf. carta del Secretario de la Legación del Uruguay en España a Pablo Blanco quien le mandó copias de cinco documentos contenidos en archivos españoles referidos a la época colonial /21 de junio de 1932, en APPBA, MHNCL, t. 1329, f. 205/).

bibliografía y fuentes. Tal vez ningún otro historiador uruguayo tuvo el dinero y los vínculos como para conseguir materiales de primera mano para hacer sus trabajos.

Mientras actuó como Presidente del IHGU impulsó la realización de conferencias, informes, estudios y proyectos vinculados a la historia del Río de la Plata ³⁸. Fue socio fundador de la «Sociedad de Amigos de la Arqueología» (1926). Desde su inserción en el IHGU estableció contactos con personas e instituciones académicas del exterior. Integró y fue miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática Americana (1922) ³⁹, la Academia Nacional de Historia y Geografía de México (1931), Academia Chilena de la Historia (1935), Sociedad de Americanistas de París (1927). Intensificó los lazos con las instituciones referidas⁴⁰ y con otras de Europa como el Comité Internacional de Ciencias Históricas.

Para reunir las distintas piezas constitutivas de su repositorio llevó adelante una sistemática pesquisa de materiales a través de una amplia red de contactos que supo entretejer. No solo recurría a sus colegas, especialmente en Buenos Aires, sino también a funcionarios de bibliotecas y archivos. Disponía de dinero y vinculaciones como para conseguir sin mayores dificultades documentos, libros, antigüedades y obras de arte en general.

En su archivo personal hay abundante correspondencia con librerías y casas de antigüedades. Compraba en el exterior objetos antiguos, mapas, cuadros y especialmente fuentes éditas e inéditas. Recibía informaciones de librerías europeas ⁴¹, brasileñas ⁴² pero especialmente de Buenos Aires. En este último caso resulta realmente significativa la cantidad de cartas de Román Pardo, propietario de la «Casa Pardo. Antigüedades. Filatelia. Numismática», y de Julio Suárez de la «Librería Cervantes». La

³⁸ Una prolija enumeración de lo realizado se encuentre en una carta de Raúl Montero Bustamante a Pablo Blanco agradeciéndole los servicios prestados como Presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 15 de abril de 1929, APPBA, MHNCL, t. 1326, f. 26.

³⁹ Cf. Carta de agradecimiento de Pablo Blanco al Presidente de la Junta de Historia y Numismática Americana, 22 de diciembre de 1922, en APPBA, MHNCL, t. 1328, f. 36.

⁴⁰ Carta de Pablo Blanco a Enrique Schultz, Presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México, 5 de mayo de 1931, en APPBA, MHNCL, t. 1328, f. 129.

⁴¹ Abundan cartas y catálogos de librerías londinenses correspondientes en su mayoría a los años 1929 y 1930, cuando Pablo Blanco viajó a Europa. Se destacan: Maggs Bros., Francis Edwards Ltd., Henry Sotheran Ltd. Booksellers and Bookbinders, MMe. J. Dupont et Fils Antiquarian book and Printselles (Cf. APPBA, MHNCL, t. 1329). Compró materiales muy curiosos e importantes como lo certifica una carta de la casa «Karl W. Hiersemann. Buchländler und antiquar» enviada a Pablo Blanco cuando se encontraba en Berlín donde da cuenta que compró 6 mapas de América del Sur por 145 marcos, El Moderador, diario de Montevideo, nros. 1 al 35 de 1835-36, por 320 marcos; y el «par de globos de Andreae, globus coelestis at terrestres por 650 marcos» (Carta de Karl W. Hiersemann a Pablo Blanco, 9 de agosto de 1929, en APPBA, MHNCL, t. 1329, f. 72).

⁴² El ejemplo más destacado es la Livraria J. Leite de Río de Janeiro.

relación epistolar es abundante y da cuenta de un tránsito muy fluido entre las dos orillas del Plata de antigüedades, libros y documentos en algunos casos sumamente extraños ⁴³.

La preferencial atención que estos negocios dedicaban a Blanco demuestran que era un excelente cliente. Para ejemplificar resulta significativo el siguiente fragmento de una carta de Julio Suárez:

«Es Ud. efectivamente el Decano de mis clientes en Montevideo, e hizo bien en recordármelo pues, en verdad, me estaba olvidando. Trataré que el año en trance tenga Ud. la prioridad de mis ofertas, que, si no le hago más es por ser ya un poco difícil venderle a Ud. debido a que tiene mucho» ⁴⁴.

En algunos casos la familiaridad del trato indica que comprador y vendedor habían trascendido la relación comercial a una de tipo amistoso ⁴⁵. La librería londinense Francis Edwards lo tenía como un cliente muy especial y, en base a una selección de varias cartas de Lord Ponsonby y su actuación en el Río de la Plata en 1828, realizada en un catálogo gestionó ante el Public Record Office la copia de los documentos requeridos ⁴⁶.

Conclusión

Lo expuesto permite constatar que Blanco, al igual que muchos historiadores rioplatenses, necesitó de contactos que le suministraran los insumos heurísticos imprescindibles para la elaboración de sus obras. Además, recibió de ellos una importante influencia metodológica.

⁴³ Ver a título ilustrativo las cartas de Román Pardo a Pablo Blanco, 11 de febrero de 1928 (APPBA, MHNCL, t. 1329, f. 23), y la de Julio Suárez del 17 de noviembre 1933 (APPBA, MHNCL, t. 1329, f. 252). Las empresas le enviaban verdaderos catálogos con sus ofertas. Vale mencionar: a) una relación de manuscritos y mapas de Argentina y Uruguay de la casa Maggs Bros. de Londres; b) una lista de libros y revistas de la Livraria J. Leite de Brasil; y c) un catálogo de documentos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Cf. APPBA, MHNCL, t. 1329).

⁴⁴ Carta de Julio Suárez a Pablo Blanco, 26 de diciembre de 1928, en APPBA, MHNCL, t. 1329, f. 57.

⁴⁵ Esto es particularmente evidente en una carta de Román Pardo: «Hallándose actualmente en Piriápolis nuestras hermanas (...) les hemos indicado que, dado la situación política de ese país, si necesitaran algo lo molestaran a Ud.» Se despide confiando en que las atenderá con la «gentileza que lo caracteriza» (Cf. carta de Román Pardo a Pablo Blanco, 11 de febrero de 1932, en APPBA, MHNCL, t. 1329, f. 190).

⁴⁶ Cf. cartas de la librería Francis Edwards a Pablo Blanco, 23 de mayo y 29 de setiembre de 1928, en APPBA, MHNCL, t. 1329, ff. 39 y 50.

En orden cronológico resulta significativo lo que podría denominarse el «magisterio» de Bartolomé Mitre sobre Blanco. Con motivo de realizar una conferencia en la Junta de Historia y Numismática Americana en Buenos Aires el 30 de julio de 1927, inició su exposición recordando que a principios de siglo visitó esa sede y conoció personalmente a Mitre de quien recibió

«la primera gran lección de historia americana. (...) Aludió él a su Historia de Belgrano, a la suma cuantiosa de trabajo que le representó, y recuerdo sus palabras magistrales, definitivas, que he intentado yo tener como norma permanente de acción, incitándome a la prudencia, a la parquedad en los juicios históricos antes de realizar el máximo esfuerzo en la documentación»⁴⁷.

La admiración referida no impide el señalamiento de errores. Las correcciones o discrepancias se producen en El federalismo..., especialmente cuando roza al caudillo o hace afirmaciones relativizadoras de los intereses de la Provincia Oriental ⁴⁸.

En 1920 Levene fue designado miembro correspondiente del IHGU. La vinculación con Blanco y el conocimiento que éste tenía de su producción podrían haber condicionado un cierto «aprendizaje» de los métodos eruditos. Por otra parte, su condición de historiador del derecho argentino en la época colonial lo unía estrechamente a Blanco ⁴⁹.

Compartía, además, con Levene determinadas convicciones sobre la «historia nacional». En el borrador de una carta que le dirigió aproximadamente de 1928 le agradece el envío de la obra Investigaciones acerca del Virreinato del Río de la Plata y elogia el nivel de la misma pues contribuye a «(...) dilucidar no pocas cuestiones, y entre otras, la dislocación del antiguo virreinato y la formación de independencias y autonomías»⁵⁰. Le anuncia la próxima aparición del Gobierno... y formula con claridad lo que sería su tesis central, proposición en esencia compartida por ambos:

«Tengo en preparación un trabajo pronto a publicarse sobre las mismas cuestiones económicas planteadas entre Montevideo y Buenos Aires y coincido en

⁴⁷ BLANCO ACEVEDO, Pablo, Montevideo ante la Revolución de Mayo, en Estudios históricos, op. cit., pp. 81-82.

⁴⁸ Cf. por ej. BLANCO ACEVEDO, Pablo, El federalismo..., o. cit., p. 99 nota.

⁴⁹ Su Introducción al estudio del derecho indiano (1924) fue leída y utilizada por Pablo Blanco.

⁵⁰ Carta de Pablo Blanco a Ricardo Levene, 1928 (?), APPBA, MHNCL, t. 1328, f. 21.

parte con Ud. en cuanto a considerar que las nacionalidades estaban formadas con anterioridad a 1810»⁵¹.

Aparentemente las concepciones (¿aportes?) que Blanco compartía con Levene trascienden el plano metodológico y se vinculan específicamente a la interpretación nacionalista del pasado. De aceptar esta idea deberíamos concluir que la Nueva Escuela Histórica habría contribuido a afirmar las certezas monolíticamente defendidas por los prohombres de la tesis independentista clásica en Uruguay.

También es destacable la impronta de Ernesto Quesada. Compartía con Blanco el gusto por la historia, la práctica de la docencia universitaria y la profesión de abogado. Entre 1908 y 1909 realizó un viaje por Europa y, de acuerdo a una solicitud del Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP, realizó un informe voluminoso sobre la enseñanza de la historia en 22 universidades alemanas⁵². Dedicó especial atención a la relación existente entre la enseñanza de la historia, el rol del estado y los problemas sociales. Destacaba especialmente cómo en Prusia la enseñanza de la historia en Primaria y Secundaria contribuía a reforzar el sentimiento patriótico. En cuanto a la enseñanza de la historia en Argentina compartía en líneas generales el planteamiento hecho por Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista* (1909), el Estado debía definir

«los contenidos de la enseñanza de la historia (...) El contexto intelectual en el cual estas afirmaciones de Quesada se insertan está marcado por los orígenes de la educación patriótica y su vinculación con la reconsideración de la inmigración y los nuevos problemas sociales»⁵³.

De acuerdo a las concepciones imperantes, la disciplina debía transformarse en un instrumento al servicio del Estado para afirmar la conciencia nacional, esto es totalmente coincidente con el marco epistémico imperante en Uruguay desde fines de la época de la modernización (Bauzá), y continuaba, con los matices oportunamente señalados, en el período batllista (Blanco)⁵⁴.

⁵¹ Ibid.

⁵² ZIMMERMANN, Eduardo, Ernesto Quesada, 'La época de Rosas' y el reformismo institucional del cambio de siglo, en DEVOTO, Fernando (Estudio preliminar y compilación), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, t. I, pp. 23-24.

⁵³ Ibid., p. 37.

⁵⁴ Nora Pagano y Miguel Angel Galante indican para el caso argentino que no solamente Rojas y Quesada en las obras indicadas, sino sus contemporáneos Juan P. Ramos -Historia de la Instrucción primaria en Argentina (1810-1910) (1910)-, y Juan García -Advertencia en el tomo I de

La posición de Quesada y Rojas era implícitamente compartida por Blanco, lo vemos en la defensa de la historia que hizo a lo largo de toda su actuación pública tanto en los cargos que desempeñó como en los libros que escribió. En este sentido y como referente epistémico de primer orden debemos tener en cuenta el informe que hizo a pedido del IHGU en 1933 cuando cambiaron los planes de estudio de historia nacional. Al igual que sus colegas argentinos le preocupaba el rol que debía jugar la historia en el sistema educativo. Hasta 1935 la Universidad tenía bajo su control la enseñanza media. A principios de la década la institución realizó una reforma en los planes de estudio que implicaba integrar la historia nacional en la universal. A solicitud del IHGU, Blanco realizó un informe profundamente crítico sobre los contenidos de los programas.

El proyecto integrador «hacia adentro» del Uruguay autocomplaciente necesitaba una historia funcional a los requerimientos de la episteme dominante. Blanco, portavoz-articulador-creador del discurso encrático estaba dando la voz de alerta tal como lo habían hecho colegas argentinos varios años atrás. Se necesitaba una «historia nacional», gestada en los tiempos coloniales, cimentadora de los referentes identitarios que trabajosamente se venían delineando desde fines del siglo pasado por intelectuales y artistas «uruguayos».

los Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires (1916)- coincidían en la necesidad de escribir textos de corte nacionalista para uso de las escuelas. Pero esto no era nuevo: «(...) tal necesidad había comenzado a circular con anterioridad en ambientes políticos e intelectuales; la obra de Mitre, los manuales de José M. Estrada (1868), Lucio V. López (1878) y Clemente Fregeiro (1885), son una prueba de ello» (PAGANO, Nora - GALANTE, Miguel Angel, La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional, del Centenario a la década del 40, en DEVOTO, Fernando, o. cit., p. 63). Pablo Buchbinder anota que el proceso de institucionalización y profesionalización de la Historia en Argentina entre 1910 y 1920 «se consolidaría definitivamente con el surgimiento del Instituto de Investigaciones Históricas y de la Junta de Historia y Numismática (...) Las actividades de ambas instituciones fueron especialmente estimuladas y promovidas desde el aparato estatal a partir, especialmente desde 1910. La relación entre producción histórica y aparato estatal se anudaría, en especial, a través de estas instituciones.

Estos cambios en los vínculos entre el poder político y los historiadores pueden encontrar una posible explicación en el rol privilegiado que se asignó a la historia, desde principios de siglo en la educación como formadora de una conciencia nacional» (BUCHBINDER, Pablo, Redes privadas, instituciones públicas y reglas académicas en los orígenes de la historiografía argentina).